



Lo sobrenatural y lo cotidiano
en la iconografía medieval de la *Natividad de María*:
Breve aproximación a una leyenda popular

José María Salvador González

Universidad Complutense de Madrid
jmsalvad@ghis.ucm.es

Resumen: Basándonos en sus fuentes apócrifas y en sus interpretaciones patrísticas y exegéticas, buscamos en el presente artículo analizar el abordaje que, sobre el tema de la *Natividad de María*, hicieron diez artistas bizantinos e italianos en otras tantas importantes obras pictóricas. Tras precisar una serie de datos sobre el origen oriental y la difusión de la homónima festividad mariana por los territorios cristianos de Oriente y Occidente, nos centramos en determinar las similitudes y diferencias que esos diez maestros exhiben en el tratamiento del motivo, y en interpretar, a la luz de sus fuentes literarias y doctrinales, los personajes, situaciones, gestos, elementos escenográficos, accesorios y objetos incluidos en tales imágenes. Además de proponer ciertas interpretaciones sobre los posibles significados simbólicos subyacentes en ese asunto iconográfico, ponemos asimismo en relación ciertos aspectos de lo sobrenatural y lo cotidiano que creemos percibir en las obras analizadas.

Palabras clave: Arte medieval, pintura bizantina, iconografía mariana, Natividad de María, apócrifos, Patrística, exégesis

Junto al de la *Natividad de Jesús*, el del *Nacimiento o Natividad de María* es uno de los temas más emotivos y entrañables en la iconografía cristiana medieval. En el presente artículo nos proponemos analizar las circunstancias legendarias, históricas, exegéticas y simbólicas que rodean a ese específico motivo iconográfico.

La festividad

La Iglesia cristiana celebra el 8 de septiembre la solemnidad del Nacimiento de María, nueve meses después de celebrar el 8 de diciembre la de su Inmaculada Concepción. De hecho, la primera de las fechas mencionadas inaugura el año litúrgico bizantino, cuyo cierre se señala en agosto con la festividad de la Dormición o Muerte de la Virgen. Según Gaetano Passarelli, la fecha asumida para la Natividad de María obedece a un paralelismo simbólico: en el imperio bizantino septiembre marca el inicio del año litúrgico y del año civil, por lo cual, de manera análoga, septiembre es la fecha natural para el alumbramiento de la Virgen, por ser éste el episodio que marca el comienzo de la redención humana por Cristo. [1]

La arraigada costumbre de fijar el 8 de septiembre como fecha del nacimiento de María parece inspirarse en *De ortu virginis*, opúsculo -muy popular entre los cristianos desde los primeros siglos- en el que se señala tal suceso en septiembre, sin indicar el día exacto [2]. La fiesta de la Natividad de María podría haber tenido origen en Siria o Palestina (muy probablemente en Jerusalén) en el siglo V [3], de acuerdo con una antigua tradición oral -recogida en escritos apócrifos durante las primeras centurias de nuestra era- sobre el emplazamiento de la casa natal de María cerca de la Puerta y la Piscina Probática (de las ovejas) [4]. De hecho, la festividad del nacimiento de María parece haber surgido con motivo de la dedicación de una iglesia a la Virgen en Jerusalén, junto a la Piscina Probática, en estrecho vínculo con el actual santuario de Santa Ana. [5]

Concluido el Concilio de Éfeso (junio-julio de 431) y bajo la influencia de los apócrifos, el culto a la Madre de Dios se intensificó de modo notable, especialmente en Siria [6]. Ahora bien, pese a que la natividad de María venía festejándose ya en algún enclave de Oriente desde el siglo V, el documento más antiguo para conmemorar esta fiesta en Constantinopla es el canon o himno de dicha solemnidad que, parafraseando el primer capítulo del *Protoevangelio de Santiago*, compuso el lírico eclesiástico San Romanos el Meloda entre 536 y 556 [7], durante el reinado de Justiniano I (527-565) [8]. La literatura apócrifa que describe los primeros años de María -inaugurada en Oriente en el siglo II por el referido *Protoevangelio de Santiago*, y expandida luego en Occidente hasta la época carolingia con varias imitaciones de ese mismo texto- contribuyó en gran medida a introducir y propagar dicha celebración litúrgica [9]. Por lo demás, en el ámbito bizantino esa solemnidad mariana se difundió gracias a numerosos sermones predicados con tal propósito por San Andrés (660-740), arzobispo de Creta, en los primeros años del siglo VIII [10], y por otros comentarios apologeticos de Padres y exegetas de la Iglesia oriental. Esa devoción a la *Theotokos* contribuyó a desarrollar en alguna Iglesia local de Oriente la fiesta de la Concepción de María (distinta de la de su Nacimiento), tal como lo sostiene Juan de Eubea (muerto h. 750). De ambas solemnidades marianas, la de la Natividad fue la que, a la postre, resultó incluida entre las doce grandes fiestas anuales del calendario bizantino, antes de desarrollarse sobre todo en los países eslavos, donde se erigieron numerosas iglesias en honor a la referida advocación. [11]

En Occidente, por el contrario, la fiesta del Nacimiento de María, por derivarse de las sospechosas fuentes apócrifas, comenzaría a ser aceptada -parcialmente y con variable fortuna- sólo a partir de fines del siglo VII. En efecto, el primer documento que atestigua formalmente la existencia y la aceptación oficial de dicha fiesta

en Europa es la *Vita* del papa Sergio I (r. 687-701), contenida en el *Liber Pontificalis* [12]. Este papa, en efecto, ordenó en 688 que, en lo sucesivo, la festividad del alumbramiento de María (que ya venía celebrándose para entonces en esa fecha del año) se conmemorase el 8 de septiembre con una letanía y una procesión, que, arrancando desde la iglesia de San Adrián en el Foro, concluiría en la basílica de Santa María la Mayor, donde se oficiaría la misa [13]. La fiesta se encuentra ya en los Sacramentarios Gelasiano (siglo VII) y Gregoriano (siglos VIII-IX) [14]. Si bien el Concilio de Reims (630) la prescribe como día festivo, en Milán era desconocida en tiempo de Beroldo (1124), pese a hallarse consignada en los Martirologios, mientras Amalario la silencia por completo [15]. Según Frederick G. Holweck, esta solemnidad no parece haber sido ampliamente celebrada en Occidente durante los siglos VIII y IX, e incluso dos centurias más tarde San Fulberto, obispo de Chartres (1028), se refiere a ella como una institución reciente, al extremo de que los tres sermones que él mismo escribió constituyen los textos latinos más antiguos sobre dicha celebración en Europa [16]. A partir de los siglos XI-XII la festividad se halla generalmente establecida en la Iglesia occidental. El papa Inocencio IV instauró la octava de la fiesta en 1243, tras una votación de cardenales en el cónclave de 1241, mientras éstos permanecían tres meses como rehenes de Federico II Hohenstaufen [17], emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. En 1378 el papa Gregorio XI oficializó la solemnidad, al incluirla en el calendario litúrgico, complementada con una vigilia [18]. Pese a conservarla como festividad religiosa, Pío X (r. 1903-1914) la excluyó de las fiestas de precepto a inicios del siglo XX, antes de ser abolida por Pío XII en su reforma de 1955, por estar basada en los apócrifos, aun cuando se conservó como fiesta de segunda clase. [19]

El relato de la Natividad de María

Según Jacopo della Voragine, la historia de la natividad de la Virgen fue escrita por San Jerónimo (c. 340-420), basándose en datos que recordaba de una obrera leída en su juventud [20]. Más allá de los eventuales aportes originales brindados en tal sentido por San Jerónimo, es bien cierto que ese acontecimiento mariano, carente de bases bíblicas e históricas, fue construido por tres textos apócrifos: el *Protoevangelio de Santiago* [21] (siglo II) [22] -cuyo título original es precisamente *Natividad de María* [23]-, el *Evangelio del Pseudo Mateo* [24] (h. siglo IV) [25] y el *Libro de la Natividad de María* [26] (síntesis del apócrifo precedente, hecha hacia el siglo IX). [27]

Combinando los pormenores ofrecidos por esos tres apócrifos, podríamos resumir así las circunstancias y datos que configuran este complejo asunto, incluyendo los momentos precedentes y subsiguientes al episodio concreto del nacimiento de la Virgen: al no haber tenido descendencia después de veinte años de matrimonio, Joaquín y Ana, futuros padres de María, prometieron a Dios consagrar a su servicio al hijo que, por gracia especial, les concediese [28]; con tal propósito durante el año solían ir al templo con ocasión de las festividades tradicionales [29]; en la Fiesta de la Dedicación, al dirigirse al templo para hacer sus ofrendas, Joaquín fue rechazado por el sacerdote, so pretexto de no tener derecho a acercarse al templo quien no había sido bendecido por Dios otorgándole descendencia [30]; deprimido por la vergüenza de tan ominoso rechazo, Joaquín se retiró al campo sin regresar a casa, para evitar el desprecio de sus vecinos [31]; tras varios meses de soledad, un ángel le comunicó que su estéril mujer engendraría a una hija, la cual llegaría a ser Madre del Hijo del Altísimo, cuyo nombre sería Jesús [32]; el mismo ángel se apareció luego a Ana para notificarle su mensaje a Joaquín, y para ordenarle salir al encuentro de éste a la entrada de la ciudad [33]; cuando ambos se encontraron frente a la Puerta Dorada, se abrazaron con alegría [34], y, tras adorar a Dios, regresaron a casa a esperar el cumplimiento de la promesa divina [35]; nueve meses después de aquel encuentro, Ana dio a luz a una niña [36], a quien, conforme al mensaje del ángel [37], puso el nombre de María [38]; luego de una serie de maravillosos episodios protagonizados por la niña durante sus tres primeros años de vida [39] -episodios que no incumbe relatar aquí-, al cumplirse el tercer año del alumbramiento, Joaquín y Ana, para cumplir la promesa hecha a Dios, llevaron a su niña al templo para consagrarla a Dios y educarla allí en el servicio divino [40], suceso identificado con el tema iconográfico de *La Presentación de María en el Templo*. [41]

Al margen de lo fantástico de los detalles del nacimiento y la infancia de María descritos por los apócrifos, ninguna fuente bíblica o histórica documenta el lugar preciso donde nació María. Sobre ese particular existen varias tradiciones. Por ser María descendiente de David y basándose, sobre todo, en el opúsculo *De nativitate Sanctae Mariae*, incluido a continuación de las obras de San Jerónimo, algunos sitúan en Belén el lugar natal de la Virgen. Otros lo ubican en Seforis (la Diocaesarea romana), población donde residía Herodes Antipas, pues bajo el reinado de Constantino I el Grande se erigió en Seforis una iglesia (mencionada por San Epifanio) para conmemorar la casa de Joaquín y Ana en dicho enclave. La tradición más generalizada y probable es que María nació en Jerusalén, en concordancia con ciertos testimonios entre los años 400 y 600 y con los alegatos de San Sofronio (*post* 603) [42] y San Juan Damasceno (h. 675-749) [43], tal como, por lo demás, parecen confirmar los recientes hallazgos arqueológicos de la Piscina Probática (de las ovejas) junto a una basílica dedicada a María [44]. Tras precisar que ya en el siglo V existía en Jerusalén el santuario mariano situado junto a las ruinas de la Piscina Probática, un artículo anónimo inserto en *Aciprensa* argumenta que bajo la actual basílica de Santa Ana, iglesia románica erigida por los cruzados, se hallan los restos de una basílica bizantina y unas criptas excavadas en la roca, las cuales parecen ser parte integrante de una vivienda, que se cree era la casa natal de María; semejante tradición se relaciona con el hecho -expresado por los tres apócrifos en cuestión, y aceptado por muchos autores posteriores- de que Joaquín era “un hombre

muy rico” [45], propietario de numerosos rebaños de ovejas (que el propio Dios multiplicaba extraordinariamente, en premio a su ejemplar conducta) [46], las cuales, según costumbre, eran lavadas en la Piscina Probática antes de ser ofrecidas en sacrificio al templo. [47]

Por si fuera poco, una cuarta tradición, griega y armenia, identifica el lugar de nacimiento de María en Nazaret, acogiendo al pie de la letra la clara y explícita sentencia del *Libro sobre la Natividad de María*:

“La bienaventurada y gloriosa siempre virgen María descendía de estirpe regia y pertenecía a la familia de David. Había nacido en Nazaret y fue educada en el templo del Señor en la ciudad de Jerusalén. Su padre se llamaba Joaquín y su madre Ana. Era nazaretana por parte de su padre y betlemita por la de su madre.” [48]

Estructura narrativo-descriptiva de las pinturas bajo análisis

Sobre el suceso concreto del nacimiento de María las tres fuentes apócrifas que lo narran coinciden en cuanto a la extrema parquedad -casi silencio- de datos precisos: apenas mencionan que, al cumplirse los nueve meses de embarazo, Ana dio a luz a su niña [49]. Ningún detalle aportan sobre lugar, escenario, protagonistas, comparsas ni sobre ninguna otra circunstancia física, psicológica o social incidente en sus actores, salvo la intervención de una comadrona y la presencia de una cuna, excepciones ambas que menciona sólo el *Protoevangelio de Santiago*. [50]

Durante la Edad Media, tanto en Oriente como en Occidente, los autores de los programas iconográficos que incluían ese asunto mariano y los artistas encargados de representarlo plásticamente complementaron con profusa fantasía de detalles el enojoso mutismo de las fuentes apócrifas. Así, surgido originalmente en el ámbito bizantino y asumido luego en sus ingredientes esenciales por los artistas europeos, el motivo iconográfico del Nacimiento de María configuró durante todo el Medievo una tipología casi inalterable, en la que con frecuencia la escena del alumbramiento se complementa con episodios anteriores o posteriores. [51]

Si combinamos los pormenores descriptivos propuestos por los artistas en la iconografía bizantina y europea que lo refieren, el suceso concreto de la Natividad de María contiene los siguientes elementos esenciales:

1. *Protagonistas*: Ana, vestida por completo con amplios ropajes, sentada o yacente sobre un lecho; la recién nacida María, casi siempre desnuda, en brazos de una partera que se apresta a lavarla, o a veces cubierta con vestidos o fajas (en ocasiones, se la representa dos veces, en el acto de ser bañada, y durmiendo en su cuna o siendo depositada en brazos de su madre).

2. *Comparsas*: una o varias comadronas, que ayudan a Ana durante o después del parto; varias sirvientas, que brindan alimentos y bebidas a la parturienta; muy raras veces, Joaquín, quien, en caso de aparecer, lo hace de manera marginal y casi a hurtadillas.

3. *Escenografía*: interior de casa suntuosa, por lo general con elementos arquitectónicos de prestigio, espléndido mobiliario y ricos cortinajes; lecho lujoso, de recamadas telas; bandejas (y, con frecuencia, mesas) con vituallas y bebidas, que portan las criadas; pila o bañera, donde se lava a la neonata; en ocasiones, cuna, vacía u ocupada ya por la recién nacida.

Las imágenes medievales greco-bizantinas y europeas sobre el motivo de la Natividad de María coinciden -con variantes poco significativas- en asumir sin el menor prurito esos elementos narrativo-descriptivos. A modo de breve acercamiento a la diversa interpretación que sobre este asunto mariano hacen los artistas bizantinos y occidentales, analizaremos ahora las diez versiones de la *Natividad de la Virgen* siguientes:

- 1) la miniatura del *Menologio de Basilio II* (h. 985), en la Biblioteca Vaticana, Roma
- 2) el mosaico (2ª mitad del siglo XI) en el monasterio de Dafni, Grecia
- 3) el fresco (1164) de la iglesia de San Panteleimón, en Nerezi, Skopje, República de Macedonia
- 4) el fresco (1295) en la iglesia de la Panagia Peribleptos (hoy San Clemente) en Ohrid, República de Macedonia

- 5) el fresco (1313-1314) de la iglesia del rey en el monasterio de Studenica, Serbia
- 6) el mosaico (1320-1321) del monasterio de San Salvador de Chora (Kariye Djami) en Estambul
- 7) el fresco de Giotto (1302-1305) en la Capilla Scrovegni, en Padua
- 8) el mosaico de Pietro Cavallini (h. 1320) en el ábside de la iglesia Santa Maria in Trastevere, Roma
- 9) el tríptico de Pietro Lorenzetti (1342) en el Museo de la Catedral, Siena
- 10) el fresco de Domenico Ghirlandaio (1491) en la Capilla Tornabuoni, en la iglesia de Santa Maria Novella, Florencia.



Natividad de María, miniatura del *Menologio de Basilio II*, h. 985.
Biblioteca Vaticana, Roma



Natividad de María, mosaico, 2ª mitad s. XI.
Monasterio de Dafni, Grecia



Natividad de la Virgen, fresco, 1164. Iglesia de S. Panteleimón,
Nerezi, Skopje, República de Macedonia.



Natividad de la Virgen, fresco, 1295. Iglesia de la Peribleptos
(hoy San Clemente). Ohrid, República de Macedonia



Natividad de la Virgen, fresco, 1313-1314. Monasterio de Studenica, iglesia del rey, Studenica, Serbia



Natividad de la Virgen, mosaico, 1320-1321, Monasterio de San Salvador de Chora (Kariye Djami), Estambul



GIOTTO. Nacimiento de María. Capilla Scrovegni, Padua. 1302-1305



Pietro CAVALLINI, Nacimiento de la Virgen, h. 1320. Abside. Igl. Sta. María del Trastevere, Roma



Pietro LORENZETTI, Nacimiento de la Virgen, 1342. Museo de la Catedral, Siena



Domenico GHIRLANDAIO, Natividad de María, 1491. Santa Maria Novella, Florencia

Con variantes de mayor o menor calibre, todas las obras y artistas aquí elegidos coinciden en lo esencial de la estructura descriptivo-narrativa antes descrita. Así, aun cuando la miniatura del Menologio de Basilio II y el mosaico de Dafni pudieran lucir bastante sobrios en cuanto a escenografía y acciones, la composición alcanza con el paso del tiempo una complejidad y un enriquecimiento progresivos, al multiplicarse los elementos arquitectónicos, el mobiliario, los accesorios, las situaciones y los personajes, hasta llegar a cierto barroquismo, como se observa en los casos de Nerezi, Ohrid, Studenica, Kariye Djami y Ghirlandaio.

Todas las obras reflejan de manera más o menos explícita el trabajo del parto sufrido por Ana, quien aun reposa semi-reclinada o yacente sobre su lecho, mientras la atienden solícitas comadronas y sirvientas. El fresco de Studenica lleva hasta el extremo tal incidencia, al plasmar a la parturienta aún con el vientre prominente de preñada, en momentos en que la sostienen por ambos brazos sendas comadronas, en un gesto fácilmente interpretable como el de facilitarle la acción de pujar para producir el alumbramiento. Por lo demás, ese mismo fresco macedonio nos muestra la sinóptica sincrónica de escenas diacrónicamente distantes, que con tanta frecuencia se observa en el arte bizantino y entre los artistas italianos del Trecento y el Quattrocento. De hecho, en el citado mural de Studenica se representan tres momentos muy separados entre sí: el momento previo al parto, con Ana, de vientre abultado por la pregnancy, muslos abiertos y rostro adolorido, mientras, semi-incorporada en su lecho, es ayudada por las parteras en el trance de alumbrar; luego, el momento consecutivo, perceptible en el episodio de la ablución o baño que efectúan en una pila a la recién alumbrada una comadrona y una criada; en tercer lugar, el momento conclusivo en que María, ya mayorcita y vestida como adulta, duerme en su cuna, bajo la complacida presencia protectora de su padre Joaquín, mientras es atendida por una sirvienta que la abanica a su vera. No muy diferente es el proceder de Giotto en su fresco de la Capilla Scrovegni, al representar a la recién nacida simultáneamente en dos momentos distintos, en ambos casos, completamente fajada como bebé: al ser atendida por una partera en el evento del baño tras el alumbramiento, y al ser entregada a su madre por otra comadrona.

A contrapelo de la difundida costumbre de omitir a Joaquín en las representaciones medievales de la natividad de la Virgen, este fresco de Studenica, lo mismo que el mosaico de Kariye Djami y el tríptico de Pietro Lorenzetti, conceden cierto protagonismo al discreto padre de la criatura, sea poniéndolo en primer plano como solícito protector de su hijita (Studenica), sea haciéndolo aparecer casi a hurtadillas por una puerta lateral (Kariye Djami), sea, como en el caso de Lorenzetti, situándolo en la antesala de la habitación conyugal, a la espera de noticias sobre el parto, que alguien le cuchichea al oído.

Acontecimiento constante -casi invariable en sus detalles- en todos estos cuadros es el de la ablución de la recién nacida: ésta raras veces se encuentra ya inmersa en la bañera (Dafni, Nerezi), pues aparece con más frecuencia instantes antes del baño, mantenida aún en brazos de la comadrona, quien introduce su mano en la pila para medir la temperatura del agua tibia, que una sirvienta vierte con un aguamanil (Menologio de Basilio II, Kariye Djami, Studenica, Giotto, Cavallini, Pietro Lorenzetti, Ghirlandaio). Como excepción curiosa, y por algún motivo que ignoramos, el fresco de Ohrid omite el convencional suceso de la ablución de la neonata.

El resto de la escena descrita en los cuadros se resume en un diligente ir y venir de comadronas y sirvientas que, con solícita dedicación, atienden a la parturienta sosteniéndola a veces en el lecho y casi siempre brindándole alimentos y bebidas, o en ocasiones ventilándola con un enorme abanico (Dafni, Ohrid, Studenica, Kariye Djami), o incluso depositando a la neonata en brazos de su recién parida progenitora (Giotto). En nada disminuye el sentido de ese hacendoso corre-corre de parteras y criadas el hecho de que Ghirlandaio haya tenido -por exigencias del comitente- que "complementar" el grupo de éstas con la anacrónica presencia de mujeres de la familia Tornabuoni.

Ahora bien, al introducir en sus obras plásticas esos elementos narrativos y descriptivos, los artistas y sus comitentes de Oriente y Occidente asumen de una vez por todas dos valores complementarios: el valor retórico (dirigido a persuadir las mentes y captar las voluntades), resultante de introducir la cotidianidad natural en el sobrenatural suceso del alumbramiento de la inmortal Madre de Dios, con el fin de hacerlo lucir como un parto corriente, como el de cualquier común mortal; en segundo lugar, el valor catequético-doctrinario, proveniente del simbolismo dogmático o moralizante que pudiera leerse en uno u otro de los personajes, situaciones o accesorios incluidos en la escena.

Así, a título de ejemplo, la lujosa casa, de impresionante arquitectura y vistosos ornamentos, busca significar la riqueza de Joaquín y Ana, ambos de linaje regio, y dueños de abundante hacienda y numerosos rebaños, como ya se dijo. Riqueza denotan asimismo tanto el espléndido lecho, de bordadas telas, en que reposa Ana, como también -cuando se la representa- la no menos fastuosa cuna preparada para la infante. Análoga significación de riqueza y poder regio proclaman la múltiple servidumbre que brinda ayuda y asistencia a la parturienta con alimentos y bebidas, como asimismo las varias parteras que cuidan a la madre en su trance o a la neonata, a la que bañan o arrullan.

No menos elocuentes son los significados simbólicos que podrían intuirse en los objetos y accesorios que exhiben comadronas y sirvientas. Así, entre los alimentos que ofrecen las criadas a la recién parida algunos artistas incluyen huevos, que algunos comentaristas perciben como un claro símbolo de fecundidad, génesis y vida [52], en referencia no sólo a la vida humana de la recién nacida María, sino a la Vida eterna que su

futuro hijo Jesús garantizará a la Humanidad, tras redimirla del pecado con su muerte en el Gólgota. No en vano San Juan Damasceno exclama al celebrar esta fiesta mariana:

“Hoy las puertas de la esterilidad [de Joaquín y Ana] se abren, y una puerta virginal y divina [María] se adelanta: a partir de ella, mediante ella, el Dios que está más allá de todos los seres, debe ‘venir al mundo’ ‘corporalmente’ (...) Hoy de la raíz de Jesé ha brotado un tallo, del que se elevará por el mundo una flor substancialmente unida a la divinidad.” [53]

Plenos de contenido simbólico parecen resultar además la pila o bañera en que lavan a la niña y el acto mismo de la ablución. No pocos ven en ello una metáfora del sacramento del bautismo, una analogía de Cristo como el agua viva que sacia definitivamente la sed del sediento, o incluso un símbolo de la propia Virgen María como *Fons Vitae*. Hacia ese último sentido apunta el *Himno Akathistos*, cuando proclama:

Ave, tú que eres para nosotros la fuente de los sagrados Misterios;
Ave, tú que eres el manantial de las abundantes aguas;
Ave, tú que representas la antigua piscina. [54]

En la misma línea interpretativa se manifiesta el Pseudo-Gregorio de Nisa, al señalar. “La santa Virgen se ha hecho fuente de vida para nosotros, fuente de luz para todos aquellos que creen en Cristo, oriente del que nace la luz espiritual.” [55]

Posibles significados simbólicos de la Natividad de María

Al margen de esos simbolismos específicos subyacentes en tal o cual personaje, situación, accesorio u objeto de la escena, la iconografía del acontecimiento mismo de la Natividad de la Virgen ha sido interpretada por distintos Padres de la Iglesia y exegetas cristianos desde las siguientes perspectivas genéricas:

1) *La Natividad de María como epifanía de la Nueva Alianza: Erección del nuevo Templo de Dios (María)*

Para ciertos Padres de la Iglesia, teólogos y homiletas, sobre todo, en el ámbito oriental, el nacimiento de María marca el inicio de la Nueva Alianza que establece Dios con la Humanidad, tras cumplirse el período de provisionalidad e interinidad asignada al Antiguo Testamento: la precedente ley mosaica, a exclusivo beneficio del “pueblo elegido”, se perfecciona y es sustituida por el nuevo mandamiento cristiano del amor universal, a beneficio de toda la Humanidad. En consecuencia, el antiguo templo de piedra veterotestamentario, lugar intimidante destinado a sacrificios cruentos y holocaustos, es sustituido por otro nuevo templo espiritual (María), morada benevolente destinada originalmente a alojar al Hijo del Altísimo (Madre de Dios), y, en última instancia, a representar alegóricamente la institución misma de la comunidad universal de los creyentes (Madre de la Iglesia).

En esa línea interpretativa, el monje y arzobispo San Andrés de Creta (660-740) exclama, en referencia al día del nacimiento de la Virgen: “Hoy, en efecto, ha sido construido el santuario creado del Creador de todas las cosas, y la creación, de un modo nuevo y más digno, queda dispuesta para hospedar en sí al supremo Hacedor” [56]. Y en otro momento este mismo santo amplía la precedente idea:

“Esta es la Madre de Dios, María, nombre pronunciado por Dios, de cuyo seno el Divinísimo provino con la carne, y que él mismo formó en modo sobrenatural, construyéndola como un templo para sí (...) y como ella es proclamada por derecho propio Madre de Dios, así también es celebrada su virginidad, es celebrado su parto; y Dios, unido a los hombres y manifestándose por tanto con la carne le dona el precio de su propia gloria.” [57]

En ese mismo orden de ideas, San Juan Damasceno (h. 675-749), exulta así ante esta solemnidad mariana:

“Virgen llena de la gracia divina, templo santo de Dios, que el Salomón según el espíritu, el príncipe de la paz [Jesucristo], ha construido y habita; el oro y las piedras inanimadas no te embellecen, sino, mejor que el oro, el Espíritu constituye tu esplendor. Por piedras preciosas tú tienes la perla completamente valiosa, Cristo, la brasa de la divinidad.” [58]

2) *La Natividad de María como preanuncio de la Redención*

No pocos representantes de la Patrística, de la exégesis y la teología en Oriente y Occidente han subrayado también la idea del nacimiento de la Virgen como premonitorio preámbulo de la Redención: el alumbramiento de María, predestinada por el Todopoderoso para ser Madre de Jesús, marca el inicio del proceso redentor que éste último llevará a cabo con su vida terrena y su muerte en la cruz.

En tal sentido exegético se manifiesta, por ejemplo, San Andrés de Creta, al señalar:

“La degeneración causada por el pecado había oscurecido la belleza y la gracia de nuestra nobleza original. Pero cuando nace la madre de la belleza suprema [María], nuestra naturaleza recobra su pureza y queda restaurada según el modelo perfecto y digno de Dios.” [59]

Con aun mayor claridad y precisión San Juan Damasceno defiende semejante tesis, cuando, en referencia al día de la natividad de María, anuncia:

“Hoy es para el mundo el comienzo de la salvación. ‘Aclamad al Señor, tierra entera, cantad, exultad, tocad instrumentos.’ Elevad vuestra voz, ‘hacedla oír sin temor’! Pues en la santa Probática nos ha nacido una Madre de Dios, de quien se complació en nacer el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” [60]

Con similar propósito, el Patriarca Focio (muerto en 897) asevera:

“La resurrección tuvo lugar después de la muerte; la muerte es consecuencia de la crucifixión; (...) el bautismo vino como consecuencia del nacimiento, y el nacimiento de Cristo, para abreviar, fue posible por el nacimiento de la Virgen, por cuya fuerza hemos sido renovados. (...) Luego la festividad [de la Natividad] de la Virgen (...) reluce de tan grandes beneficios y es reconocida como el día de la salvación universal.” [61]

3) *La Natividad de María como signo de la regeneración de la humanidad: una nueva Eva (María), un nuevo Adán (Cristo)*

El alumbramiento de la Virgen marca asimismo, según ciertos exegetas, el rescate definitivo de la Humanidad caída, al nacer una nueva Eva que engendrará a ese nuevo Adán, que es Dios hecho carne, concebido en un seno virginal para redimir a los hombres de la culpa primigenia. Así, por ejemplo, tras apuntar que la absoluta degeneración producida en el hombre por el pecado original exigía engendrar una nueva humanidad limpia y armoniosa [62], el arzobispo San Andrés de Creta formula:

“Así, pues, el designio del Redentor de nuestra raza consistía en un nacimiento y una creación nuevos para reemplazar lo caducado. También, del mismo modo que en el paraíso había cogido de la tierra virgen, sin mancha, un poco de barro para formar al primer Adán, en el momento de realizar su propia encarnación, se sirvió de otra tierra, es decir, de esta Virgen pura e inmaculada, elegida entre todas las criaturas. En ella nos restauró a partir de nuestra misma sustancia y creó al nuevo Adán, él el creador de Adán, para que el primer Adán fuese salvado por el segundo y eterno.” [63]

No muy diferente es el sentir de San Juan Damasceno, al enunciar en referencia a la recién nacida Madre de Dios:

“Pues por tu nacimiento, la que cayó en el pecado [Eva] es levantada. ¡Hija toda santa, esplendor del sexo femenino! Si la primera Eva, en efecto, fue culpable de transgresión, y si por ella ‘la muerte ha hecho su entrada’, porque ella se puso al servicio de la serpiente contra nuestro primer padre, María, en cambio, que se hizo la esclava de la voluntad divina, ha engañado a la serpiente engañosa y ha introducido en el mundo la inmortalidad.” [64]

En esa misma dirección hermenéutica, aunque con mayor efusividad retórica, se expresa Juan de Eubea (h. 750), al glosar la festividad del nacimiento de María. Así, después de pregonar: “Alégrate, oh Adán, por medio de la Madre de Dios. Tú, que por causa de mujer fuiste engañado por la serpiente, por causa de mujer pisotearás a la serpiente” [65], Juan de Eubea dictamina:

“En el paraíso un árbol y una mujer fueron el origen de tu exilio; ahora en cambio, un madero y una mujer son para ti una llamada al retorno [de ese exilio]. Una mujer hecha por la misma mano de Dios te engañó; ahora, en cambio, una mujer nacida de la semilla de Joaquín y llevada al vientre de Ana, sin simiente engendrará al vencedor de la muerte, el exterminador de aquel que nos había hecho esclavos. Un madero de sabroso fruto, bello a la vista y agradable en la forma, nos procuró la muerte; ahora, uno árido e infructuoso matará al dragón y proporcionará la vida eterna a todos los hombres de la tierra.” [66]

Sobrenaturalidad y cotidianidad en la Natividad de María

Al concluir este ya largo escrutinio, quisiéramos poner brevemente en luz algunos aspectos de lo sobrenatural y lo cotidiano que, a nuestro entender, se perciben conviviendo con gran armonía sobre el trasfondo ideológico de las representaciones medievales de este motivo iconográfico mariano.

El aura sublime de lo sobrenatural

Destaca aquí, en primera instancia, la dimensión del prodigio, la maravilla y el milagro. Sin mencionar la serie de portentosos acontecimientos que, según los apócrifos, protagoniza María en los primeros años de su infancia, hasta la solemne ceremonia de su Presentación en el Templo, nos restringimos a poner en luz algunas manifestaciones sobrenaturales que acontecen antes y durante el suceso mismo del nacimiento de la Virgen.

La primera serie de expresiones de lo sobrenatural es el conjunto de visiones miríficas concedidas a Ana, de sueños reveladores vividos por Joaquín y las varias apariciones de ángeles que ambos reciben, como preámbulo a la certeza de que van a ser padres de una criatura prodigiosa, destinada a ser Madre del Hijo el Altísimo.

Nuevo signo y síntoma de lo sobrenatural es el hecho de que María resulte ser el inmaculado engendro, primogénito y unigénito, de una madre estéril de por vida y ya para entonces bastante anciana. Así lo subraya, con retóricos circunloquios, San Juan Damasceno:

“A lo único nuevo bajo el sol, al coronamiento de las maravillas, los caminos debían ser preparados por las maravillas, y, lentamente, de las realidades más bajas debían elevarse las más grandiosas. Podría aducir otra razón más alta y divina. La naturaleza ha cedido el lugar a la gracia, se ha detenido temblorosa y no quiso ser la primera. Como la Virgen Madre de Dios estaba a debía nacer de Ana, la naturaleza no osó prevenir el fruto de la gracia, sino que quedó sin fruto hasta que la gracia no produjo el suyo. Era necesario que naciera primogénita aquella que debía engendrar al ‘Primogénito de toda la creación’, en el que ‘todo subsiste’.” [67]

Por lo demás, interpretando al pie de la letra las tres fuentes apócrifas, una nueva epifanía de lo sobrenatural se concreta en el alegato de que, como sucederá también en la de Jesús, la concepción de María parece haberse verificado mediante milagrosa acción divina, sin ningún aporte masculino. Ninguno de los tres apócrifos, en efecto, deja claro que Joaquín haya intervenido de modo directo en la concepción de María, mientras, por el contrario, indican sin rodeos que, conforme al anuncio del ángel, Ana está ya segura de haber concebido incluso antes de su reencuentro con su esposo frente a la Puerta Dorada. Si tal es la lectura del *Protoevangelio de Santiago* [68], mucho más explícito aun resulta el *Evangelio del Pseudo Mateo*, cuando precisa que Ana, al reencontrar por fin a su largamente ausente esposo, le anuncia que “he concebido en mis entrañas.” [69]

Por último, algunos exegetas y teólogos pretenden que María nació de una manera sobrenatural y milagrosa, por cuanto no habría producido dolor alguno a su madre Ana durante el parto. Así lo defiende, por ejemplo, San Juan Damasceno: “‘Celebremos la fiesta’ por el nacimiento de la Madre de Dios. Alégrate, Ana, ‘estéril, que no dabas a luz; estalla en gritos de gozo y de alegría, tú que no has sufrido los dolores [del parto]!’” [70] Un párrafo más adelante el Damasceno insiste:

“¡Oh! ¡Cuántas maravillas, y qué alianzas, en esta pequeña niña! ¡Hija de la esterilidad, virginidad que engendra, en ella se unirán divinidad y humanidad, sufrimiento e impasibilidad, vida y muerte, para que en todas las cosas lo menos perfecto sea vencido por lo mejor! ¡Y todo esto por mi salvación, oh Maestro!” [71]

La terrenal opacidad de lo cotidiano

Pese a tal cúmulo de maravillas y tantas epifanías de lo sobrenatural construidas por la literatura apócrifa, quienes en la Edad Media diseñaron los programas iconográficos que incluían este acontecimiento mariano y los artistas que lo representaron insistieron en introducir en las imágenes correspondientes numerosos aspectos de la vida cotidiana. No es el caso de volver a analizar ahora los múltiples elementos de la cotidianidad, ya referidos con amplitud en nuestro artículo. Mencionemos sólo, de paso, el valor de vida cotidiana que revisten elementos tales como el mobiliario y los accesorios de la casa donde da a luz Ana, el diligente trajín de comadronas y sirvientas, los ingredientes de la dieta (alimentos y bebidas) con la que reconfortar a las parturientas, los convencionales usos profilácticos de la ablución del recién alumbrado, los

ornamentos de lechos regios y de cunas de alto linaje, la rica indumentaria de los personajes de alcurnia o los humildes atavíos de las castas populares.

Es elocuente, en tal sentido, el comentario que, sobre la *Natividad de María* en Nerezi, ofrece Tania Velmans: la autora, en efecto, destaca en dicho fresco macedonio la “intención realista” manifiesta en el gesto de la joven sirvienta que sostiene a Ana, queriendo dar apoyo a la debilitada recién parida, realismo que se torna no menos evidente en la apariencia de robusta campesina que luce la comadrona, quien sujeta a la neonata con una mano, mientras la lava con la otra [72]. Por su parte, al analizar el mosaico de Kariye Djami, Paul A. Underwood define también como “escena de género” el detalle de la joven sirvienta en el acto de preparar la cuna en la que acostarán a la recién nacida, a la vera misma del lecho de su madre. [73]

Como se ve, durante la Edad Media la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, consintió en “complementar”, en la iconografía correspondiente, el sobrenatural relato del Nacimiento de María con los elementos banales de la vida cotidiana. Semejante decisión traduce la intención catequética de presentar a los protagonistas del relato salvífico (María, Ana y Joaquín) como del todo similares al común de los mortales, en perfecta sintonía con el ejemplo del propio Jesucristo, quien, como puntualiza San Pablo, “se hizo en todo semejante a nosotros, menos en el pecado.” [74] A no dudarlo, la Iglesia medieval exponía así su propósito retórico de ganar las mentes y las voluntades de los cristianos -en especial, los de las clases populares (la inmensa mayoría de la cristiandad)-, quienes no podían dejar de ver con entusiasmo que su propia vida cotidiana quedaba también reflejada en los sobrenaturales hechos vividos por Cristo, la Virgen y los santos. En ese orden de ideas, resulta harto elocuente que el Concilio de Trento (1545-1563) prohibiese de modo taxativo incluir la presencia de parteras y la escena del baño en la iconografía del nacimiento de María, por considerar que estos aditamentos contradecían la tesis de la Inmaculada Concepción y la Natividad milagrosa de la Madre de Dios. Así, la Iglesia de la Contrarreforma reconquistaba de una vez por todas, en el referido tema iconográfico, la dimensión de lo sobrenatural, en definitivo detrimento de la medieval inclusión de la vida cotidiana.

Notas:

[1] Gaetano Passarelli, *Iconos. Festividades bizantinas*, Madrid, Libsa, 1999, p. 31.

[2] “Mariología. Natividad de María”: <http://www.telefonica.net/web2/elangeldelaweb/natividad.htm>

[3] Según Jacqueline Lafontaine-Dosogne, la fiesta litúrgica de la Natividad de María surgió en Bizancio a más tardar en la primera mitad del siglo VII, e incluso pudiera haber entrado en la liturgia de algunas Iglesias locales durante el siglo VI. (Jacqueline Lafontaine-Dosogne, *Iconographie de l'Enfance de la Vierge dans l'Empire Byzantin et en Occident*, Bruxelles, Académie Royale de Belgique, Classe des Beaux-Arts, Mémoires, XI, Tome I, 1964, pp. 25-26).

[4] Passarelli, *op.cit.*, p. 30.

[5] “Mariología. Natividad de María”, *op.cit.*; y “Natividad de la Santísima Virgen. Archidiócesis de Madrid”: <http://www.mariologia.org/solemnidadnatividaddelavirgenmaria06.htm>.

[6] Frederick G. Holweck, “Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María”, *Gran Enciclopedia Católica* (versión electrónica): http://www.mercaba.org/FICHAS/Enciclopedia/M/maria_natividad.htm

[7] F. G. Holweck, *op.cit.*. Cf. también Passarelli, *op.cit.*, p. 30; y Mariología. Natividad de María, *op.cit.* Según Jacqueline Lafontaine-Dosogne “Les premières traces sûres de la fête dans la tradition ecclésiastique ne sont pas antérieures à la fin du VII^e siècle. La fête est mentionné à la date du 8 septembre dans le canonaire hierosolymitain édité par Kékélidzé, dont la rédaction s’arrête au début du VIII^e siècle.” (*op.cit.*, p. 26).

[8] Fundándose en otros autores, Jacqueline Lafontaine-Dosogne piensa en 1964 que el meloda Romanos pudo componer su canon de la natividad de María durante el reinado de Anastasio I (r. 491-518) o el de Anastasio II (r. 713-716), si bien prefiere la primera de las dos hipótesis. (*op.cit.*, p. 26). Según investigaciones de autores más modernos, ambas hipótesis barajadas por dicha autora belga parecen hoy poco probables.

[9] A. M. Franquesa Garrós, “María en el culto y la liturgia. 3 Natividad”, *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid, Rialp, 1991 (versión electrónica): http://www.mercaba.org/Rialp/M/maria_iv_3.htm

- [10] F. G. Holweck, *op.cit.*; “Mariología. Natividad de María”, *op.cit.*
- [11] Passarelli, *op.cit.*, p. 30.
- [12] Jacqueline Lafontaine-Dosogne, *op.cit.*, p. 25.
- [13] Passarelli, *op.cit.*, pp. 30-31; F. G. Holweck, *op.cit.*; A. M. Franquesa Garrós, *op.cit.*; “Mariología. Natividad de María”, *op.cit.*
- [14] F. G. Holweck, *op.cit.*; A.M. Franquesa Garrós, *op.cit.*; y “Natividad de la Santísima Virgen María”, Aciprensa: <http://www.aciprensa.com/Maria/natividad.htm#10>
- [15] A. M. Franquesa Garrós, *op.cit.*; Frederick G. Holweck, *op.cit.*
- [16] F. G. Holweck, *op.cit.*
- [17] A. M. Franquesa Garrós, *op.cit.*; Frederick G. Holweck, *op.cit.*
- [18] A. M. Franquesa Garrós, *op.cit.*; “Mariología. Natividad de María”, *op.cit.*
- [19] Passarelli, *op.cit.*, p. 31.
- [20] Santiago de la Vorágine, *La Leyenda Dorada*, 2, Madrid, Alianza, Col. Alianza Forma, 30, 1982, p. 567.
- [21] *Protoevangelio de Santiago*. Texto bilingüe griego/castellano. Publicado en Aurelio de Santos Otero, *Los Evangelios Apócrifos* (Colección de textos griegos y latinos, versión crítica, estudios introductorios y comentarios por Aurelio de Santos Otero), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 13ª impresión, 2006, pp. 130-170. En las subsiguientes notas del presente artículo citaremos este apócrifo con las siglas *PES*.
- [22] Santos Otero, *op.cit.*, p. 122.
- [23] Pasarelli, *op.cit.*, p. 32.
- [24] *Evangelio del Pseudo Mateo*. Texto bilingüe latín/castellano publicado en Santos Otero, *op.cit.*, pp. 173-236. En las subsiguientes notas del presente artículo citaremos este apócrifo con las siglas *EPM*.
- [25] Santos Otero, *op.cit.*, p. 171; y Passarelli, *op.cit.*, p. 47, nota 32.
- [26] *Libro de la Natividad de María*. Texto bilingüe latín/castellano publicado en Santos Otero, *op.cit.*, pp. 238-252. En las subsiguientes notas del presente artículo citaremos este apócrifo con las siglas *LNM*.
- [27] Santos Otero, *op.cit.*, p. 237.
- [28] *PES*, I,1; *EPM*, I,2; *LNM*, I,3.
- [29] *LNM*, I,3.
- [30] *PES*, I,2; *EPM*, II,1; *LNM*, II,1.
- [31] *PES*, I,3-4; *EPM*, II,1; *LNM*, II,2.
- [32] *EPM*, III,1-4; *LNM*, III,1-4.
- [33] *PES*, IV,1; *EPM*, III,5; *LNM*, IV,1-2.
- [34] Según algunos intérpretes, ese abrazo metaforiza la relación íntima habida entre ambos esposos después de tan largo distanciamiento mutuo, relación que fructificaría en la inmediata concepción de María.

[35] *PES*, IV,3-4; *EPM*, III,5; *LNM*, V,1-2.

[36] Por eso, en una homilía pronunciada en honor de la Natividad de María, San Juan Damasceno exclama: “¡Felices entrañas de Joaquín, de las que provino una semilla absolutamente inmaculada; admirable seno de Ana, gracias al cual se desarrolló lentamente donde se formó y del que nació una niña toda santa!”. (San Juan Damasceno, *Homélie sur la Nativité*, 1-2. Publicada en edición bilingüe griego/francés en Pierre Voulet, *Saint Jean Damascène. Homélie sur la Nativité et la Dormition* (Texte grec, introduction, traduction et notes para Pierre Voulet), Paris, Editions du Cerf, 1961, p. 49.

[37] *PES*, V,2; *EPM*, IV; *LNM*, V,2.

[38] Según el *Protoevangelio de Santiago*, Ana puso a su hija el nombre de María sólo después de cumplir el lapso legal para purificarse del parto: “Habiéndose transcurrido el tiempo marcado por la ley, Ana se purificó, dio el pecho a la niña y le puso por nombre Mariam.” (*PES*, V,2).

[39] Tales episodios están narrados en *PES*, VI.

[40] *PES*, VII-VIII,1; *EPM*, IV-VI; *LNM*, VI.

[41] Sobre ese tema iconográfico, véase de nuestra autoría el artículo “*La presentación de María en el templo* en la pintura italiana bajomedieval. Análisis iconográfico de cinco casos”, *Ars Summum*, 1, Madrid, 2009 (en prensa).

[42] A.J. Maas, “Bienaventurada Virgen María”, *Enciclopedia Católica*: <http://ec.aciprensa.com/v/virgenmaria.htm#III5>

[43] Así lo proclama con entusiasmo San Juan Damasceno, en referencia al nacimiento de María: “Hoy es para el mundo el comienzo de la salvación. ¡Aclamad al Señor, tierra entera, cantad, exultad, tocad instrumentos!’ Elevad vuestra voz, ‘hacedla oír sin temor!’ Pues en la santa Probática una Madre de ios nos ha nacido, de quien ha querido nacer el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” (S. J. Damasceno, *Homilie sur la Nativité*, 6. Según Voulet, *op.cit.*, p. 61).

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo